

"Lleno de ritmo y risa, moretones y sentimientos."
-MARKUS ZUSAK, autor de LA LADRONA DE LIBROS

una novela
de PAUL
GRIFFIN



“CUANDO
la
AMISTAD
me
acompañé
A
CASA”

Cuando la amistad me acompañó a casa

Cuando la amistad me acompañó a casa

Paul Griffin

Índice de contenido

[Portadilla](#)

[Legales](#)

[1 ChunkyMold](#)

[2 Heredero del Imperio](#)

[3 El demonio, el perro y la diva](#)

[4 El acechador](#)

[5 Mamá](#)

[6 El microchip](#)

[7 La horda de Moho](#)

[8 El ladrón de ropa interior](#)

[9 El regreso de la Chica Arcoíris](#)

[10 Destinado a la Grandiosidad](#)

[11 Escribo, luego existo](#)

[12 El viajero llegado del pasado](#)

[13 La inesperada solución al problema de Florida](#)

[14 Medias que pican](#)

[15 Prohibido fumar en lo de la directora Pinto](#)

[16 La explosión arcoíris](#)

[17 El laboratorio de Mercurius Raines](#)

[18 La Caja Mágica](#)

[19 Alarmas contra incendios y escaleras de emergencia](#)

[20 La casa junto al cementerio](#)

[21 Guardería canina](#)

[22 El mago que cabalgaba la luna](#)

[23 Leo significa león](#)

[24 El examen](#)

[25 La plataforma de lanzamiento](#)

[26 El rap de Halley](#)

[27 En la primera fila del ring](#)

[28 Rocas y libros](#)

[29 Léele a Rufus](#)

[30 El siguiente capítulo de la Caja Mágica](#)

- [31 Ginger](#)
- [32 ¿Qué tal estuvo México?](#)
- [33 La mágica gira de librerías por Manhattan](#)
- [34 La cosa más estúpida que alguna vez hice](#)
- [35 El ángel de mármol falso](#)
- [36 El motel móvil](#)
- [37 Los ojos de Flip y el último adiós](#)
- [38 El peor momento para caer engripado](#)
- [39 Cupones, películas y promesas](#)
- [40 El viajero Brian y el túnel de luz](#)
- [41 El hombre que viene a buscarte](#)
- [42 Encuentro a medianoche](#)
- [43 Jeanie](#)
- [44 Chewie](#)
- [45 La Chica Arcoíris y el trapecio volador](#)
- [46 No estés asustado](#)
- [47 Sirio](#)
- [48 Siempre quise ser un vampiro](#)
- [49 ¿Dónde está Halley?](#)
- [50 Es como cuando te muerdes la lengua](#)
- [51 La magia de Flip](#)
- [52 El polvo de estrellas de Halley y la nieve arcoíris](#)
- [53 La señora Salvador y las plumas de pavo real](#)
- [54 Amigos y cometas](#)
- [55 Guau](#)
- [56 Hasta pronto](#)
- [57 Magos y viajeros](#)

Griffin, Paul

Cuando la amistad me acompañó a casa / Paul Griffin. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Del Nuevo Extremo, 2016.

Libro digital, Amazon Kindle

Archivo Digital: descarga

Traducción de: Martín Felipe Castagnet.

ISBN 978-987-609-666-9

1. Narrativa Infantil y Juvenil Estadounidense. I. Castagnet, Martín Felipe, trad. II. Título.

CDD 813

© 2016, Paul Griffin

Título en inglés: When friendship followed me home

© de esta edición, 2016, Editorial Del Nuevo Extremo S.A.

A. J. Carranza 1852 (C1414 COV) Buenos Aires Argentina

Tel / Fax (54 11) 4773-3228

e-mail: editorial@delnuevoextremo.com

www.delnuevoextremo.com

Imagen editorial: Marta Cánovas

Traducción: Martín Felipe Castagnet

Correcciones: Mónica Piacentini

Diseño de tapa: Danielle Calotta

Diseño de letras de cubierta e ilustración: Mary Kate McDevitt

Diseño interior: ER

Primera edición en formato digital: julio de 2016

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-987-609-666-9

*Para Risa, con todo mi amor, gracias por dejarme viajar en
el tiempo contigo.*

Para mi hermanito John, superhéroe.



Luke Skywalker: ¿Qué hay allí?
Yoda: Solo lo que lleves contigo.

La guerra de las galaxias
Episodio V: *El imperio contraataca*

1

CHUNKY MOLD

Tienes que estar loco para creerle a un mago. Aprendí esa lección de la manera difícil. Después, si pueden creerlo, me convertí en el asistente de un mago. Eso fue culpa de la Chica Arcoíris, pero el resto es culpa de un perrito llamado Flip.

Los problemas empezaron el segundo viernes de séptimo grado. Damon Rayburn me sacó de un empujón de la cola del almuerzo.

—Gracias, Coffin —me dijo.

—¿Por qué?

—Por ofrecerte a comprarme una porción de pizza.

Si creen que una pequeña amenaza como esa alcanzaría para cederle mi almuerzo a un idiota como Damon Rayburn me conocen bien. Me dio una palmada en la nuca y se puso en el primer lugar de la cola.

—Eres quince centímetros más alto que él, Coffin —me dijo un chico quince centímetros más bajo que Rayburn. Se llamaba Chucky Mull, pero todo el mundo lo llamaba Rechoncho Moho [\(1\)](#). —. Deberías haberlo golpeado. Ahora sabe que puede presionarte cada vez que quiera.

—Permíteme citar a Yoda en *El imperio contraataca* —dije —. Un Jedi usa la Fuerza para conocimiento y defensa, jamás para atacar.

—Estabas llamado a defender tu inalienable derecho a comer una pizza de albóndigas. Yoda también dice que no

seas un debilucho.

—Yoda nunca usa la palabra *debilucho*.

—Dice: “El miedo es el camino al lado oscuro”. Hola, ¿*La amenaza fantasma*, te suena?

No había forma de ganarle a Moho en estos temas. Tenía las camisetas de las películas, ¡hasta las sábanas! Lo apuré hacia nuestro sitio habitual, allá lejos en la esquina oscura junto al contenedor de basura en el que nadie tiraba basura. La mamá de Moho había pegado una nota en el papel film que apenas lograba cubrir el sándwich de treinta centímetros de largo. Decía “TE QUIERO 😊 ”. Chucky arrugó la nota y se metió un pedazo de sándwich en la boca.

—¿Alguna posibilidad de que consideres compartirlo conmigo?— pregunté—. Vamos, Moho, nunca serás capaz de comerte todo eso.

—Obsérvame y aprende. Uf, ahí viene.

La directora Pinto se acercaba a nosotros. Era realmente bonita para una directora, incluso para un ser humano normal.

—Hola chicos —nos dijo.

—Bien, ¿cómo está usted? —respondió Moho.

—Si alguna vez necesitan algo, pasen por mi oficina, ¿okey?

—Usted también —dijo Chucky.

La directora Pinto me palmeó el hombro mientras se alejaba.

—Te recontra tocó—dijo Chucky—. Tú, un perdedor, acariciado en el hombro por la directora P. Le mandé un guiño hace casi cuatro horas. Ninguna respuesta. ¿Por qué me miras así? ¿Es que no conoces el emoticón?

—Sé lo que es un guiño. Lo que no puedo creer es que le hayas enviado uno.

—¿Por?

—Es mayor que nosotros. Moho, tiene como *treinta*.

—No es lo que piensas. En Facebook el guiño es un símbolo de respeto supremo. Como cuando alguien te inspira, le mandas un guiño. Es verdad, eh. Es una antigua costumbre que se remonta a la época clásica, griegos y *rumanos*. Es como si le hicieras una reverencia para reconocer su genialidad.

—¿Entonces por qué no enviarle una reverencia?

—Porque no hay emoticón de eso, idiota. Solo porque tenga un trasero recontra asombroso no significa que no pueda ser mi heroína también, por su, ya sabes, increíble sabiduría y todo eso.

—Claro, porque a eso le guiñaste el ojo: a su *sabiduría*.

—¿Qué sabes tú después de todo? Ni siquiera estás en Facebook. Juro que es cierto. En muchas culturas es considerado grosero *no* enviar el guiño.

Chucky alejó de un manotazo la mosca atraída por la mantequilla de maní que le había quedado en la boca, como si fuera un moco.

Tuve que creerle, primero porque si bien es posible distinguir cuando alguien miente, él realmente creía que estaba diciendo la verdad, y sobre todo porque tenía razón en que no tenía Facebook. Todo el tema *amigos* realmente no existía. Incluso Moho era más un fastidio que un aliado. Me había mudado al barrio hacía menos de dos años. En un año mamá y yo seguiríamos viaje hacia Florida, justo después de que se jubilara. “Podemos vivir mucho mejor allí porque es más barato”, decía. ¿Para qué molestarme en hacer amigos si me iba a ir tan pronto?

—¿Ni siquiera un mordisco, Chucky? ¿De verdad?

—Sigue soñando —dijo, o algo parecido. No estaba seguro con tanto sándwich atascado en su ortodoncia.

2

HEREDERO DEL IMPERIO

Mi estómago gruñía cuando la última campana nos liberó para todo el fin de semana. Caminé por la costanera en dirección a la biblioteca. La señora Lorentz siempre tenía un plato de galletas con chocolate en el mostrador de entrada.

Me sentía bastante animado, considerando que había sido despojado de mi dinero para el almuerzo. No puedes estar triste en Coney Island un despejado día de septiembre. El océano resplandecía. El aire olía dulce y salado. El audiolibro que escuchaba estaba acercándose al clímax. No podía ser sorprendido caminando por ahí con un libro *libro*, por supuesto. Sería como rogar por un calzoncillo chino. Subí el volumen de los auriculares para escuchar *Heredero del imperio*, de Timothy Zahn. Las cosas se veían realmente mal para Han Solo. Los cazas de Thrawn rodeaban al Halcón Milenario. El sonido terminó de golpe cuando alguien a mis espaldas me quitó los auriculares de la cabeza.

—¿A quién se le ocurre comprar auriculares amarillos? —dijo Angelina Caramello. Era realmente bonita, aunque fuera amiga de Damon Rayburn—. Parecen limones brotando de tus orejas.

—Además te salteaste un agujero del cinturón —dijo la mejor amiga de Angelina, Ronda Glomski, dando un tirón en donde había quedado suelto—. Realmente no puedo entender cómo has hecho para saltearte un año. ¿Cómo puedes ser tan patético y a la vez tan adorable?

—luú—dijo Angelina, y me arrojó los auriculares. Luego Ronda me dio un empujón tan fuerte que se me escapó el chicle de la boca.

Tenía que prestar atención a eso. Ronda Glomski, la onceava chica más hermosa del grado, había dicho que yo, Ben Coffin, no era del todo desagradable. Incluso cuando prácticamente me había tirado justo después de decirlo y a pesar de que su nombre sonaba bastante asqueroso. Ya sé, como si yo tuviera derecho a opinar siendo que mi apellido significa ataúd y recuerda el lugar de donde se escapa un zombi. Seríamos perfectos el uno para el otro, si dejáramos de lado que Ronda se comportaba tan cruelmente.

De reojo vi cómo se acercaba Rayburn, y eso significaba que debía irme, y rápido.

Estaba un poco ahogado cuando llegué a la biblioteca. No quedaba demasiado lejos, pero el asma me golpeaba el pecho y había olvidado el inhalador. Afortunadamente lo tenía la señora Lorentz.

—Te lo dejaste de nuevo en el alféizar de la ventana —dijo mientras me acercaba un libro—. Necesito que leas esto. Mi hija no deja de hablar de ello. Querría una segunda opinión antes de ponerlo al tope de mis próximas lecturas.

Era *Plumas* de Jacqueline Woodson.

—No parece muy sci-fi —dije.

—No vas a explotar si lo lees —contestó la señora Lorentz—. Te va a encantar, Ben, créeme.

—¿Después de decirme que no lo leyó?

—¿Por qué sigues hablando conmigo cuando deberías estar leyéndolo?

—Lo escribió una chica —dije.

—¿Y?

—Quiero decir, soy un chico.

—Llévate algunas galletas, *chico*. Y sí, puedes dejar la salida de emergencia entreabierta.

Me permitía hacer eso en mis días de asma. La brisa se sentía bien. No lo sabía entonces, pero el haber sido

demorado por Angelina y Ronda, lo que me llevó a ser perseguido por Rayburn, que me activó el asma e hizo que pudiera dejar entreabierta la puerta trasera, estaba a punto de hacer que mi vida cambiara por completo.

Sostuve la puerta con uno de los mugrientos tomos de la enciclopedia que la señora Lorentz siempre intentaba encajarnos (volumen 10, de Gargantuélico a Halitosis) y me senté en mi mesa escondida del fondo. Allí las paredes estaban serigrafiadas con imágenes gigantes, fotografías de los viejos días en los que Coney Island era la playa más famosa de Norteamérica. Mi favorita se llamaba *De noche en el país de los sueños*. Mostraba cómo se veía en 1905 el Luna Park, el parque de diversiones justo frente al océano. La torre brillaba como un sol suave. Piensen en miel iluminada con la clase de electricidad que habría en la mente de un ángel cuando está deseando que te ocurran las cosas más bellas posibles.

Respiré a través del inhalador y ojeé *Plumas*. La portada estaba ilustrada con -sorpresa- una pluma. Nada de naves espaciales, ni la Estrella de la Muerte explotando, ni siquiera una maldita espada láser. La historia era algo así: entra un nuevo chico a la escuela. Algunos lo llaman el Chico Jesús, otros piensan que es un raro y lo molestan mal todo el tiempo. Me sentí identificado. No estoy hablando del bullying pero sí de sentirse un extraño, a veces incluso para mí mismo. No sabía cómo encajar, ni qué ser o hacer de mi vida; me sentía un error.

Al poco tiempo estaba en la última página. Era el tipo de historia que termina demasiado rápido y te deja preocupado por los personajes y qué va a pasar con ellos, casi como si fueran tus amigos pero sin la parte molesta. Frannie, la narradora, quiere ser escritora. Su profesora le cuenta que cada día viene con sus momentos especiales y que ella tiene que estar alerta y anotar esos momentos para después. Estuve de acuerdo con eso. Estoy seguro de que Timothy Zahn hizo algo así cuando escribió *Herederos del*

imperio. Pero tuve que parar cuando leí la siguiente cosa que la profesora de Frannie dijo sobre los llamados momentos especiales: “Algunos de ellos serán perfectos, llenos de risa y esperanza y luz. Momentos que permanecerán con nosotros por siempre jamás”.

Eso era mentira. Nada dura para siempre. Es un hecho científico. Las cosas ocurren y terminan y no las puedes traer de regreso.

Einstein dijo que podemos viajar al futuro, y los astronautas lo demostraron. Sincronizaron veinte relojes y llevaron otros veinte al espacio. Pasaron seis meses viajando a 27 mil kilómetros por hora, casi 8 kilómetros *por segundo*. Cuando aterrizaron, *todos* los relojes del Centro de Control estaban .007 segundos adelantados con respecto a *todos* los que habían viajado al espacio. Búsqüenlo si no me creen. Esto significa que si viajas realmente rápido, como a la velocidad de la luz, cuando vuelvas a la Tierra los relojes estarán años y años adelantados, y te habrás escapado hacia el futuro. El problema: Einstein usó los mismos cálculos para demostrar que nunca podemos volver al pasado.

Me quedé mirando la imagen del Luna Park en 1905. Nunca podría estar allí. Nunca podría sentirme a salvo, con esa luz dorada y plateada sobre mi rostro. Nunca podría ver el mundo desde la cima de la torre. Nunca podría creer que la magia era real.

Un gato siseó del otro lado de la salida de emergencia y se echó a correr por el callejón. Luego escuché ese sonido macabro que hace un gato cuando enloquece, como si lo poseyera un demonio.

3

EL DEMONIO, EL PERRO Y LA DIVA

Salí al callejón. El gato estaba dándole una verdadera paliza a un animal mucho más pequeño, lo raro era que ese otro animal era un perro.

Ahuyenté al gato. El perro estaba hecho una piltrafa temblorosa. El pelaje estaba lleno de alquitrán; la lengua le colgaba a un costado de la boca; los ojos rígidos apuntaban hacia los costados; tenía el rabo recortado y torcido, por lo que alcanzaba a divisar, ya que lo escondía entre las patas. Estaba muy escuálido: como mucho debía pesar un poco más de tres kilos. Tampoco era demasiado joven, ya tenía el hocico canoso. Me acerqué a acariciarlo. Me esquivó y se escapó por el callejón. Intenté encontrarlo, pero ya se había ido.

Le devolví *Plumas* a la señora Lorentz.

—¿Y? —preguntó.

—Me hizo sentir molesto.

—Eso es genial —dijo.

—¿Genial?

—¿Por qué te puso molesto, Ben?

—No estoy seguro. ¿Podría guardarlo por mí?

—¿No prefieres llevarlo a tu casa?

—Me olvidé la mochila.

—Pesa 127 gramos, sin mencionar que se titula *Plumas*.

¿De verdad no puedes *cargarlo*?

Miré a través de la ventana. Un grupo de chicos pasaba el rato frente al buzón de periódicos gratuitos que todo el mundo usa para tirar basura. Me quitarían *Plumas* y lo destrozarían, y entonces Frannie y el Chico Jesús quedarían hechos pedazos, a merced del viento.

—¿Cómo sabe que pesa 127 gramos?

—Es una estimación.

Apoyó el libro sobre una balanza de envíos: 127 gramos exactos.

—Usted no es humana —dije.

La señora Lorentz asintió y se inclinó para susurrarme:

—Soy una bibliotecaria.

Escribió algo en un papel adhesivo y lo pegó al libro.

Luego ocurrió la cosa más extraña. Sus labios temblaron y parecía a punto de llorar.

—No te olvides el inhalador —dijo, mientras apartaba el libro para ayudar a otro chico a registrar el préstamo de una pila de videojuegos. Me incliné sobre el mostrador para ver qué era lo que había escrito. La nota decía: GUARDAR PARA MI BEN.

La iba a extrañar el próximo año, cuando mamá y yo nos mudáramos a Miami. Casi que me dio ganas de unirme a Facebook, pensando que si no lo hacía no la volvería a ver jamás. Le enviaría a la señora Lorentz el guiño más grande, para reconocerle todas las amabilidades que había tenido conmigo los últimos dos años, sin mencionar su sabiduría recontra increíble. Le enviaría un guiño cada maldito día.

Estaba a punto de salir cuando entró una chica. Le sostuve la puerta. Llevaba una boina verde limón, enormes lentes de sol, una bufanda con brillitos y una chaqueta roja con botones dorados cerrada hasta el cuello, a pesar de que afuera hacía veinticinco grados. Usaba guantes púrpuras con los dedos recortados. Sus zapatillas de caña alta eran rosa brillante. Prácticamente cubría cada color del arcoíris. Su mochila estaba hecha de malla transparente, como para

que pudiera mostrar todos los libros que cargaba y lo brillante que era.

Los chicos malos de la cuadra no la molestaron, no señor. Era la clase de chica que, si le llegabas a hacer algún comentario estúpido sobre sus libros o sus *guantes* o lo que fuera, te respondería con algo que te haría sentir incluso más estúpido de lo que eras, y encima frente a todos tus amigos. Hasta los más idiotas saben que no hay que molestar a una diva.

Y vaya si era una. Se detuvo a leer un mensaje de texto. Acá estoy yo, sosteniéndole la maldita puerta, y durante todo el rato ella mensajeando. Después pasó delante de mí, sin siquiera mirarme ni decirme gracias.

—*De nada* —le dije. No, no lo dije. Simplemente me fui.

Eran las cinco y media. Mamá quería que estuviera de regreso en casa a las seis para ayudarla con la cena. La marea estaba subiendo. El aroma a sal era tan potente como para hacerte toser. Los papeles daban vueltas en el aire. Tuve la sensación de que me estaban siguiendo.

Me di vuelta. La avenida Mermaid estaba repleta de gente volviendo del trabajo, pero ninguno parecía interesado en mí. Me dirigí hacia la Neptune, que estaba un poco más vacía, y entonces estuve seguro de que alguien me acechaba. Giré sobre mis talones, y allí estaba.

4

EL ACECHADOR

El perrito del callejón se detuvo a cinco metros de distancia, se sentó y se me quedó mirando.

—Ven aquí —dije, pero no lo hizo. Me acerqué y echó a correr. Me encogí de hombros y retomé mi camino. Miré hacia atrás y una vez más me estaba siguiendo.

Entré al supermercado donde una señora con una red en el cabello siempre trataba de encajarte una muestra gratis de queso.

—¿Puedo tomar algunas? —pregunté.

—¿Para qué estoy si no? —me respondió.

Me metí cuatro muestras en el bolsillo.

—Al menos dile a tu madre que el queso estuvo bueno —dijo la mujer—. Ya sabes, así compra alguno la próxima vez.

—Se lo diré.

—Sí, *claro* —dijo. Me sentí mal por ella. Es un trabajo duro vender quesos caros en un supermercado barato.

Cuando salí el perro me estaba esperando. Estaba más cerca esta vez, y temblaba. Puse un pedazo de queso en la vereda y retrocedí cuatro metros. Se aproximó muy lentamente, y luego se lo tragó de un bocado. Puse otro queso y retrocedí dos metros, y pasó lo mismo. Luego un metro, y al final terminó comiendo de mi mano. Juro que se tragó como cien gramos de cheddar. Dejó escapar un eructo más fuerte que cualquiera que yo haya hecho. Su aliento no

era particularmente fantástico. Luego se apoyó contra mi pierna y tembló tanto que yo también temblé.

Lo recogí entre mis brazos y tomé una calle tranquila en dirección a casa. No había chance de que me agarraran cargando un perrito para nenas como ese. Hubiera sido peor que ser visto con un libro.

5

MAMÁ

—La respuesta es sí —dijo mi madre. Ni siquiera llegué a preguntarle. Apenas vio la pequeña sabandija entre mis brazos ya estaba de acuerdo—. Ahora metamos a este perro en la bañera.

—Gracias, mamá.

Quería un perro desde que tenía memoria, pero íbamos a esperar a mudarnos a Florida. Por suerte, a mamá le gustaba dejarse llevar por las circunstancias.

—Te eligió por alguna razón —dijo.

—Sí, soy el primer idiota que lo alimentó.

Mamá me revolvió el pelo.

—La vida es una aventura, viajero —dijo.

—Y todos tenemos reservado un tremendo paseo.

—Caminar cuesta arriba es la mejor parte del viaje, nunca te olvides.

—¿Cómo podría si me lo recuerdas dos veces por día?

Mamá tenía sesenta y siete años. No se teñía el cabello; lo mantenía corto, sin alboroto ni lío. Deben estar haciendo cálculos: su edad menos la mía, que voy a séptimo grado. ¿Debería haberme tenido a los cincuenta y tantos, verdad? Excepto que no lo hizo. Yo tenía diez años cuando me adoptó.

—Tráeme la toalla —pidió.

Quién hubiera dicho antes de secarlo que el perrito era bastante bonito. Sin mugre sus ojos eran de un marrón